

UNA DE CRÍTICA LITERARIA

Acabo de leer dos libros fantásticos que recomiendo encarecidamente. Ambos son del mismo autor, Pablo D'Ors.

El primero de ellos se llama *El amigo del desierto* y está publicado en la editorial Anagrama. El segundo lleva por título, *El estupor y la maravilla*, publicado en Pre-Textos.

En primer lugar me referiré a aspectos formales que, no obstante, no dejan de ser significativos. Ambos libros aparecen pulcramente editados y carentes de erratas, lo que es digno de alabanza, ya que es frecuente –y cada vez más- encontrar letra impresa cuajada de erratas y de usos impropios del lenguaje.

Este punto no es sólo mérito de la editorial y de sus correctores de pruebas, sino que sospecho que es también consecuencia de una cuidada corrección por parte del autor. Si en el primero de los libros, un libro menudo, la tarea es aparentemente sencilla, en el segundo, de 407 páginas, aunque con un tipo grande, no deja de ser muy meritoria la labor.

Es de agradecer el tipo de letra, grande y cuidado, con páginas limpias y con una tipografía adicional minimalista que no interrumpe la lectura. De manera que la presentación de ambos libros es cuidada, sobria y elegante, a la vez que fácil de leer.

La segunda cuestión que merece ser señalada es sin duda la sintaxis del autor. Se trata de estructuras simples, con adjetivación ajustada, con un empleo correcto de los sustantivos y una perfecta concordancia de los verbos. No abundan los adverbios y el texto se desliza con una aparente sencillez, probablemente producto de una elaborada escritura, una y mil veces corregida. La puntuación es exquisita y, gracias a ello, la narración fluye como un río suave que avanza sin obstáculos desde su nacimiento a su desembocadura.

Ambos textos, de muy diverso contenido, y enfocados desde un narrador único que cuenta su experiencia personal, poseen un rasgo verdaderamente notable: no sólo enganchan al lector, sino que le invitan a participar de la experiencia, tanto física como espiritual o estética, que los protagonistas de ambas historias viven. Resulta que la lectura se convierte en una especie de conversación íntima con ambos personajes, a cuyas andanzas asistimos, pero también nos dejan contemplar su interior, sus dudas, sus actos fallidos, sus esperanzas e imaginaciones. De manera que es de sospechar que en ambos protagonistas, seres muy diferentes pero con gran capacidad para la observación y la introspección, hay bastante del autor.

Con suavidad y con un cierto toque de misterio y surrealismo, en ocasiones, los dos personajes protagonistas de cada una de las historias van derivando, de la perplejidad ante lo que les rodea, hacia profundas convicciones. Es decir, se trata de seres humanos que, arrastrados por el aparente azar del devenir, primero se sorprenden, luego se apasionan, más adelante tratan de evitar los riesgos de esa pasión que los atrae y les condiciona la vida, para finalmente entregarse a ella con toda intensidad y, en ese momento de la renuncia a sí mismos, alcanzan una gran sabiduría acerca de las cosas pequeñas y sin interés.

Por momentos, pueden parecer seres extraños que se comportan de una manera casi infantil, como arrastrados por una falta de conciencia de quienes son y de donde están. Son seres llevados por la vida a emprender caminos, uno en movimiento y lejanía, otro en quietud y cercanía, que no habían sospechado que pudieran ser los suyos y menos aún que esos caminos ni siquiera imaginados les condujeran a su verdadera identidad y a su profunda humanización.

Tanto 'el amigo del desierto', Pavel, como el vigilante de museo, Alois, son dos personas, dos varones, aparentemente antagónicos. El primero parece un soñador, atraído por aventuras que lo saquen de su vida cotidiana, de sus hábitos más arraigados, otorgándole la posibilidad de un horizonte más amplio. Mientras que el segundo es un hombre apegado a su casa, a su calle, a su trabajo, a un trabajo poco creativo y poco arriesgado: vigilar una sala de museo.

Es imposible desligar una novela de la otra. Ambas tratan la misma cuestión que podría resumirse en un: ¿qué hace el hombre, el ser humano, sobre la Tierra? Estas preguntas acerca de qué somos o a dónde vamos parecen estar fuera de la literatura más reciente, salvo en honrosos casos, y estas dos novelas constituyen unas de esas hermosas excepciones. De ahí, del hecho de que se planteen preguntas esenciales, es de donde surge su belleza y su carácter universal y duradero.

No son escritos efímeros, que se leen, entretienen y se olvidan. Invitan a imitar a los protagonistas; son una lección de vida y de sentido. En ellos alternan sabiamente las palabras y los silencios, también las palabras imaginadas y nunca pronunciadas. Se presta atención a los ruidos, las impresiones, las dudas o las certidumbres más aquilatadas que, como es frecuente en alguien dado a la introspección, no proceden de las grandes experiencias. Así es el caso de Alois que descubre a Dios en el vuelo de una mosca.

Hay muchas reflexiones, nunca dogmáticas, que proceden de los estímulos más simples, de encuentros fortuitos o hallazgos menores, que desconciertan a los personajes, pero que median para que los protagonistas hallen su verdadero camino, no sólo en el terreno de las opciones comunes en la vida, sino en aquellas otras más graves como puedan ser la vocación o el amor.

En estas novelas, sobre todo en la segunda, hay un cierto alarde de conocimientos sobre estética que sin duda son producto de la erudición del autor, pero que no suponen en absoluto una carga pedante, sino más bien la exploración acerca de la luz, del color, del movimiento o la expresión, siempre como excusa para ir un poco más allá de la pura contemplación de la belleza. Los personajes extraen de la contemplación de la naturaleza o de una obra de arte una especie de cosmovisión que incluye a los seres humanos como verdaderos protagonistas, ahondando en los secretos del universo y de la raza humana, sus contradicciones y sus aciertos.

Los personajes, todos ellos, algunos apenas esbozados o instrumentales, son, no obstante, de carne y hueso. Poseen esa realidad incontestable de lo humano, en la que se mezclan la mezquindad y la grandeza; son tiernos y distantes; son duros y sensibles; son incongruentes y de una lógica aplastante; tienen vicios y tentaciones, pero también son buenos, solidarios y cercanos.

La lectura de estos dos libros es realmente gozosa y como ya se ha dicho invita de manera imperceptible a ensayar y hacer propias las experiencias y los logros de los protagonistas, en la seguridad de que allí se encierra un camino hacia la verdadera sabiduría.